

# A TRAVES DE...

## ¿mariología en autocrítica?

José A. de Aldama, S. I.

Con la oportunidad que le caracteriza, el conocido especialista de Lourdes, R. LAURENTIN, ha lanzado al público este verano, en vísperas de la segunda sesión conciliar, un libro sobre la que él llama "cuestión marial" (1).

El libro aborda problemas muy diversos. Uno de ellos es la Mariología y su estado actual. Naturalmente, el autor nos dice que su único intento es averiguar honestamente lo que haya de defectuoso para que se corrija en bien de la teología y, claro es, del diálogo ecuménico. Pero el autor no sólo es un mariólogo, sino que hace profesión de serlo más de una vez en su obra, las declaraciones que leemos en estas páginas resultarán una autocrítica de la Mariología actual. Ello sin duda realza su interés.

Laurentin se inquieta por la superproducción mariológica, desbordante, incontrolada, que vuelve sin necesidad



# LA IGLESIA...

sobre los mismos temas, (2) alejada de "lo necesario e irremplazable".

Mayor inquietud le produce la intensidad "febricitante" de las producciones mariológicas. Hay en ellas una "exaltación incondicional" de la Virgen, que lleva a una plusvalía de ciertos textos favorables al par que silencia o volatiliza los contrarios. ¡Se ha erigido en criterio doctrinal el amor a Nuestra Señora!

Sobre todo es inquietante la tendencia actual de la Mariología a cerrarse en sí misma, a desgajarse del resto de la teología. Laurentin ha reunido una serie de síntomas de ese fenómeno, que constituye evidentemente un problema muy grave.

Primer síntoma: la Mariología "se ha constituido en orden científico autónomo, en disciplina independiente que se sirve de principios propios, distintos de los de la teología (p. 28).

Segundo síntoma: "La Mariología vive en gran escala de fuentes propias. Tiende a descuidar ciertos textos y ciertas tradiciones teológicas, por ejemplo en el tema de la transcendencia de Cristo y la suficiencia de la Redención. Inversamente hay entre los mariólogos tradiciones que se transmiten en circuito cerrado y que son ignoradas de los otros teólogos" (p. 29).

Tercer síntoma: "Algunas tesis siguen un camino esotérico en los me-

dios mariológicos" Se señalan éstas: la inmunidad de todo débito de pecado, el uso de razón desde el seno materno, la visión beatífica esporádica y aun habitual durante la vida terrena, el mérito social de condigno, la capacidad secundaria o concapitalidad del Cuerpo Místico, la primera aparición de Jesús resucitado a su Madre, "cierta misión conjunta con la de su Hijo en relación con el Espíritu Santo" (?), valoración de las apariciones de Lourdes como estrictamente de fe por la autoridad del magisterio eclesiástico. Tales tesis "corren entre los mariólogos sin grandes discusiones" y por esa vía se harán "tradicionales" y "comunes" (p. 29-30).

Cuarto síntoma, que va más al fondo: "Los mariólogos tienden a reinterpretar las nociones teológicas, de las que hacen un uso particular". Ejemplos: El concepto de *redención*. "Entre los mariólogos la Redención se presenta en general como *una cosa* que se establecería entre Cristo y nosotros y que la Virgen merecería, o hasta produciría junto con Cristo". El concepto teológico de Redención "está de algún modo desacentuado, disminuido si no oscurecido, en la mayor parte de los mariólogos que tratan de la *corredención*" (p. 30-31) (3).

Otros ejemplos: el concepto de *gracia*: la gracia creada, cosificada (réifié) al máximo. La gracia sería

(1) *La Question Mariale*. París, édit. du Seuil, 1963, 175 pp.

(2) LAURENTIN, o. c., p. 23, hace una alusión a la obra reciente del padre SPEDALIERI, *Maria nella Scrittura e nella Tradizione della Chiesa primitiva* (Messina 1961). Sin necesidad de emprender una defensa del autor italiano, es demasiado evidente que las opiniones de Mons. Jouassard en 1949 no pueden darse como la última palabra indiscutible en mariología patristica, por más que todos hayamos vivido de ellas largos años. No lo eran ya en 1949 Pero lo son menos en 1963, o en 1961.

(3) LAURENTIN nos recuerda una serie de «evidencias que se imponen», «verdades primeras», que «con demasiada frecuencia parecen relegar los mariólogos a segundo plano», «concentrándose en nociones menores y metafóricas, con las que no les es difícil abarcar bajo los mismos conceptos y los mismos términos el papel de Cristo y el papel de la Virgen» (p. 31). Esas verdades son de este tamaño: «Sólo Cristo es Dios, no la Virgen. Sólo El murió por nosotros, el único que era dueño de dar su propia vida con autonomía soberana. Sólo El resucitó por un poder divino que le es propio; los demás incluso la Virgen, resucitan por El». ¿Olvidan los mariólogos esas verdades?

“una cosa en sí, subsistente con independencia de Cristo, si no es que se la imagina almacenada de antemano en el cielo, en un depósito del que la sacaría María” (p. 31).

Nuevo ejemplo: la noción de *orden hipostático*, que los mariólogos manejan a su gusto. Algunos refuerzan el sentido de la inclusión en el orden hipostático acordando a la Virgen una causalidad instrumental en la misma unión hipostática. “El proceso de asimilación tiende a continuar sus conquistas...Estableciendo a medida una noción que se pueda aplicar a María y a Cristo, se tiende a oscurecer a la vez la trascendencia del Verbo y las nociones clásicas que se utilizan con sutileza” (p. 31-32).

Ultimo síntoma: “En el límite estas tentativas convergentes ponen la siguiente cuestión: el desarrollo de la Mariología, ¿respeta suficientemente la norma de homogeneidad, tan fundamental en la materia?” Laurentin nos recuerda aquí las sospechas que suscitaba en teología hace treinta años el término “evolución”; para escribir inmediatamente la contrapartida: “Hoy la *evolución* tiene el honor de los mariólogos. Promoverla, acelerarla se da a veces hasta como el objetivo supremo de la Mariología”. Ni se vaya a creer que es una afirmación ligera, escrita sin pensar. Como prueba sugiere el autor que la posición de los que sostienen la inmunidad de todo débito de pecado ha llegado a comprometer la verdad fundamental del dogma de la Inmaculada; que la tesis de la capitalidad secundaria “representa una perversión doctrinal”; que la opinión del mérito corredentivo de condigno es una “conquista mariológica” que “se asemeja mucho a una renovación desde el punto de vista histórico como desde el teológico” (p. 32-34).

Resumen final: “Una fosa se ha excavado entre teología y mariología”. No es poner en duda la común adhe-

sión del dogma. “Sino que *psicológicamente* las ópticas, las mentalidades, los métodos, el lenguaje y las doctrinas recibidas son tan diferentes que no resulta menos difícil entablar un verdadero diálogo entre estos católicos de ópticas distintas, que entre teólogos de confesiones diferentes” (p. 35).

Laurentin ha escrito que no pretende hacer el proceso de la Mariología ni de los mariólogos; sería hacérselo a sí mismo (p. 35). Esta declaración era necesaria, porque cualquiera pensaría lo contrario. Y aun lo seguirá pensando a pesar de ella. Con una restricción: no es el proceso de la *Mariología* lo que se ha querido hacer, sino el de una *Mariología* y unos *mariólogos*.

Porque es hora ya de ver la exactitud de esa autocrítica mariológica. Lo haremos, aun corriendo el riesgo claro de que se nos tache de “reacción pasional”. Me vienen a la pluma las palabras que Newman escribía a su amigo Pusey, que había compuesto un libro “irénico” sobre la Virgen. Es coincidencia; porque cuento como amigo a Laurentin y también él ha escrito un volumen sobre la Virgen, del que ha dicho que es “un libro de paz”. Escribía Newman: “Confío, mi queridísimo amigo, que en último término no te molestarás conmigo si digo lo que tengo que decir: hay mucho en tu libro, en el fondo y en la forma, capaz de herir a los que te aman, pero aman más a la verdad” (4).

El tratarse aquí no de la Mariología, sino de una Mariología determinada, priva finalmente al libro del carácter de autocrítica para darle más bien, aunque el autor no quiera, el ca-

---

(4) *A Letter addressed to the Rev. E. P. Pusey, D. D., on occasion of his Eirenicon*. Puede verse en *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching* (London 1898) vol. 2 pág. 6.

rácter de acusación. Y acusación sangrienta. ¿Se puede echar en cara a unos teólogos católicos algo más serio que el que olvidan los principios y las tradiciones teológicas, que elaboran esotéricamente y a puerta cerrada una ciencia independiente y autónoma, que exaltan a la Virgen incondicionalmente y sin medida, que manipulan y cambian a su gusto las nociones recibidas en teología, que trabajan en el sentido ambiguo y modernista de una evolución heterogénea llegando así a comprometer el dogma mismo? ¡Y todo ello abundantemente, ansiosamente, en fiebre de éxitos y de conquistas que excita el corazón!

Urge la pregunta: ¿dónde está esa Mariología y dónde están esos mariólogos? Es curioso que los mariólogos insinuados sin nombrarlos (5) son en su inmensa mayoría, si no en su totalidad, teólogos de profesión, que enseñan en las aulas muchos otros tratados teológicos y escriben a diario sobre temas muy diversos de la ciencia sagrada. ¿Será que en cuanto esos teólogos se ponen a trabajar sobre Mariología retiran sistemáticamente su atención de todos los conocimientos teológicos que poseen, para hacer una ciencia autónoma y esotérica? ¿Tanto les ciega el amor a Nuestra Señora? ¿O será más

---

(5) Laurentin alude una vez (p. 33) a la tesis del mérito de condigno «brillantemente defendida en un debate homérico». El nombre del P. M. LLAMERA, velado bajo la frase irónica, lo leemos con todas sus letras en otros escritos alemanes, para quienes se llegó allí a convertir la maternidad divina en una categoría absoluta (*Verabsolutierung*), que crea un clima propicio a una herejía mariológica. Cf. P. RUSCH, *Mariologische Wertungen*, en *Zeitschr. für kath. Theologie* 85 (1963) 146; el cual se inspira en A. MÜLLER, *Fragen und Aussichten der heutigen Mariologie*, en *Fragen der Theologie heute* 308 y 313. Pero el eximio teólogo dominico, que no conoce menos la «teología» que la «mariología» (como lo tiene bien demostrado), no hizo otra cosa que repetir unas palabras de S. Pío X. perfectamente enraizadas en la tradición de S. León M. y de S. Agustín.

bien que se han convertido en mariólogos unos simples molinos de viento, con lo que resulta fácil combatirlos y derrocarlos?

Yo no sé haya hoy ningún mariólogo que pretenda en su trabajo elaborar algo distinto de una parte de la teología, como pudiera hacerlo, como lo hace tal vez en otras ocasiones, escribiendo de Cristología o de Sacramentaria.

Ni los principios mariológicos son otra cosa que principios teológicos de especial aplicación en ese tratado. Exactamente como el principio de la oposición relativa en la Trinidad, o el de la autoridad de Dios revelante en la Fe, o el de la instrumentalidad en los Sacramentos. Está llena de semejantes principios la Suma Teológica... Y si puede ser que alguien haya a veces exagerado (y la exageración no es monopolio mariológico), el uso de esos principios tan incriminados (Laurentin es sólo un eco) no pretende nunca crear una ciencia racional y estrictamente deductiva, sino buscar una ilustración coherente y armónica de la ciencia sagrada.

La ignorancia de las tesis y «tradiciones» mariológicas por parte de los otros teólogos, en lo que tiene de realidad, es fenómeno muy reciente y muy circunscrito, cuyas complejas raíces sería interesante investigar. Porque quien estudia de cerca la historia de la problemática que esa aludida Mariología utiliza y desarrolla, no puede ignorar que sus problemas han nacido todos dentro de la teología, en otros tratados teológicos; y que no pocas veces fueron ampliamente tratados por aquellos eminentes doctores que sabían abarcar en su estudio, como hoy no se sabe, toda la ciencia sagrada de su tiempo. Así, por ejemplo, la inmunidad del débito de pecado, el mérito corredeñtivo, la causalidad de la Virgen en la unión hipostática, su inclusión en el orden hipostático, el uso de razón en

el seno materno y hasta la visión beatífica en su vida terrena. No han sido precisamente los "mariólogos", mucho menos los mariólogos de hoy, sino ilustres y eximios teólogos del XVII y del XVI, quienes suscitaron esos problemas en una legítima evolución teológica (que nada tiene que ver con la "evolución" modernista), entroncando no pocas veces con los grandes Doctores medievales. Por lo demás no es exacto decir de muchas de las tesis apuntadas que "corren entre los mariólogos sin grandes discusiones"; por ejemplo, la valoración de las apariciones de Lourdes, o la opinión de la capitalidad de María, o la de la inmundidad del débito, o la de la visión beatífica habitual.

Por eso tampoco históricamente puede hablarse con exactitud de una fosa abierta entre teología y mariología. La Mariología ha nacido en los tratados teológicos. Y si ya Suárez sintió la conveniencia de constituir con sus problemas un tratado aparte, todavía en el siglo pasado andaban sus tesis diseminadas entre aquellos. ¿Qué mal puede haber en que esos temas se traten en una síntesis armónica lo mismo que están centrados en una persona y en una misión claramente determinadas por Dios en la historia de la salvación? Desde luego Laurentin, que es mariólogo, no ve ningún mal en ello.

Si algunos mariólogos defienden posiciones determinadas, que otros no comparten, esas posiciones podrán discutirse, podrán negarse; pero esos mariólogos están en su perfecto derecho de sostenerlas como lealmente les parezcan. Nunca ha habido progreso en teología si no ha sido por ese camino. Y por supuesto, no sólo con la vuelta a las fuentes; sino además con el legítimo uso y el sincero aprecio de la teología escolástica. Lo uno y lo otro.

Ese progreso de la Mariología redundará, por la lógica misma del plan divino redentor, en un mayor conocimiento de los dogmas de la Encarnación, de la Redención, de la gracia, del pecado original, de la Iglesia, de los novísimos, de la intercesión de los Santos. No porque se manejen las nociones tradicionales acomodándolas a un capricho mariológico, sino porque la Mariología debidamente profundizada proyectará nueva luz para penetrar más hondo en la penumbra insondable de su misterio sagrado.

En resumen, lo que pudo parecer una autocrítica, resulta en realidad un ataque; un ataque seriamente injusto; eso sí, ataque no contra una realidad existente, sino contra una caricatura.